

Descubrimiento del Eros

ROSA SALAVERRIA

El Informe Hite" ha sido posiblemente el libro más criticado, casi siempre negativamente, en los últimos meses. No es menos cierto que en la mayoría de las ocasiones han sido los hombres quienes se ha ocupado en enjuiciarlo, por lo cual las opiniones emitidas no son válidas, al menos definitivamente. Hora va siendo de que los hombres dejan ya de marcar las pautas por las que deba conducirse la sexualidad femenina, y ya parece llegado el momento de que sean las mujeres quienes digan qué les gusta y qué les desagrada. No debe considerarse "el Informe" como el catecismo, ni como el código de la mujer tal como han dicho determinados críticos; por otra parte no estimamos que haya sido esa la intención de Shere Hite cuando decidió publicar lo que no es sino los resultados de una encuesta. Es inútil discutir el interés despertado por el libro, pues tres ediciones en poco más de siete meses obvia toda duda, y más aún en un país, como este nuestro, en donde los libros y la lectura producen sarpullidos en buena parte de los ciudadanos.

Las mujeres, al menos abiertamente, no se han decidido a criticar "el Informe", y sería extraño si no tuviéramos el convencimiento absoluto, aun en las más liberadas, de que existe una inhibición temerosa de carácter primitivo que presiona con fuerza e impide que el tema del sexo sea aceptado y expuesto como una condición más del ser-hombre. Es asequible a todos apreciar cómo palabras semejantes a masturbación u orgasmo, manifestadas como actitudes individuales, producen un cierto azaramiento; mientras tanto, dormir, comer o roncar aparecen como indiferentes y "naturales". No diremos tampoco que se trate de un libro que merezca la calificación de "fabuloso informe sexológico", como también se ha dicho, pero sí que es desmitificador en cuanto que ayuda a la mujer a que tome conciencia y asuma su papel, y su papel de responsabilidad sexual, revelándole los sentimientos y las sensaciones de otras mujeres concienciadas. Por fin, nos encontramos con una serie de preguntas que son respondidas directamente por las protagonistas de los actos que se relatan, sin que medien

científicos ni ficheros. Otra cualidad muy positiva del libro es que ayuda a situarnos en un mundo mutable, en un mundo lleno de matices al que no estábamos acostumbrados, y posiblemente tampoco los hombres, y ello puede ser un camino aceptable para iniciar la andadura que dé fin a la secular desigualdad de sexos en lo que se refiere a las relaciones de la pareja. También puede apreciarse en "el Informe", sobre todo lo notarán los que defendemos la pareja, algo que en principio consideramos negativo, y es que podría justificarse la relación homosexual racionalmente, así como la autosatisfacción, que si bien, y como decimos, nos parecen factores negativos nos permiten admitir y comprender realidades en los demás, lo cual, en definitiva, ya no es tan negativo.

El libro ha llegado a este país en un momento oportuno, aunque sin duda hubiera sido mejor conocer el que hace unos años publicara (prohibida la venta, las españolas éramos menores de edad) el doctor Serrano Vicens y que fue puesto a la venta poco después del 20-N. Y decimos que llega a tiempo porque todavía pueden salvarse muchas de las españolas contraeducadas en los años de la paz, que no solamente hemos crecido desorientadas sino radicalmente equivocadas. Lo cual ha contribuido notablemente al incremento de la crisis que padece la pareja a pesar del empeño de algunos en negarlo; el colmo de la alienación lo apreciamos en esas mujeres que se reconocen productos del oscurantismo pero que se niegan a aceptar el trauma que padecen. La contraeducación sexual de los chicos la desconocemos, pero por nefasta que haya sido, han podido superarla "porque eran hombres", contaron en el aprendizaje con profesionales, capaces o no, del amor; las mujeres se han devastado, y casi siempre mal, en el tálamo nupcial; no han contado con maestros, pues se han encontrado con compañero que, aunque se ha liberado a nivel individual, no con respecto a la mujer propia, a la que considera distinta a las demás y con la que se siente obligado a realizar el acto sexual a manera de trámite, sin preocuparse, por supuesto, de la satisfacción o no de la compañera, quien comienza a "soportar" las rela-

ciones sexuales para acabar sintiéndose atosigada. La historia de las mujeres de hoy es castrante, bástenos a todas recordar. Las enseñanzas de la Iglesia en todo esto tienen muchísimo que ver y una buena parte de responsabilidad si ésta no se hubiera autocalificado de infalible.

A las niñas se les daba un guión antes de confesarse, con la intención de facilitar el examen de conciencia, gran necesidad sin duda para niñas de siete años, en el que se preguntaba: "¿He deseado hacer alguna cosa impura?", y la criatura pensaba qué significaría eso; mas la Iglesia y sus representantes, siempre sabios, inmediatamente añadían otra pregunta como para evitar el detenimiento en la anterior: "¿Me he entretenido en malos pensamientos?". Alguna espabilada se atrevía a consultar con los mayores, y la respuesta era la postergación de la misma para cuando fuera mayor; la incongruencia es manifiesta en toda nuestra lamentable historia. Y las niñas se van haciendo mayores, se van haciendo mujercitas, se van haciendo mujeres y sin que medie interés por su parte la empiezan a deformar sexualmente, pero en serio; se comienza a decirles que en la vida sexual las mujeres han de ser pasivas y sufridas. Lo de la pasividad, con una cierta perspectiva, deducimos que no debíamos nosotras pedir la relación sexual, y lo del sufrimiento, bien podría indicar que se trataba de unas relaciones ingratas a las que era menester atender; debía añadirse que la función masoquista era la culminación del coito. Y se insistía en las excelencias de la pureza y, en casos, a las niñas "mejores" se las premiaba con un voto de castidad y con el ingreso en las seleccionadas "hijas de María"; la virginidad había que defenderla a toda costa, María Goretti fue el modelo a imitar, y cuando en aquellos años asesinaron a Josefina Vilaseca, no olmos palabras de reprobación hacia el violador sino de elogio para la víctima. El cuerpo era preciso castigarlo, no en vano es tan enemigo del alma como el demonio. La Iglesia nos hubiera preferido espíritus puros. Claro que, si así hubiéramos sido, acaso tendrían que haber insistido en la necesidad de cumplir con otros mandamientos, el séptimo y nono por ejemplo, y

sin tanto éxito. Los católicos de entonces siempre morían, nos contaban, después de cometer un pecado de la carne; ninguno cuando robaba, cuando difamaba o cuando no perdonaba. Y la mujer conoció varón. Lo que debió ser para ella ratos de placer porque así lo tenía previsto la Naturaleza, se convirtió en un tormento y no supo o no quiso decirselo al varón. La mujer asumió el papel de víctima en las relaciones sexuales.

La mujer inhibida no le dice a su compañero que no siente placer por temor, por ignorancia, por deformación. Ella sabe que no siente hasta el límite que puede sentir y todas las veces que puede sentir, y no se lo dice al hombre para evitar que éste la recrimine con la posibilidad de que la tilde de anormal, para no sufrir la violencia del egoísmo del otro o porque no quiere en su fuero interno que él haga preguntas que conduzcan al aprendizaje. Y es que, además, no sabría contestarle. El cuerpo de la mujer es el gran ignorado por la mujer en los libros de ciencias, en los cuales se estudia el sistema nervioso pero no viene la lección que trata de las zonas erógenas, como si en la vida fueran menos importantes que el estereocleptomastoideo. Pues bien, "el Informe Hite" relata una serie de posibilidades muy importantes para la mujer. Esas incompatibilidades de la pareja, que en un alto porcentaje empiezan en la cama, serían superables si se conocieran y se aceptarían las experiencias de las demás y asumiéndolas en determinados casos. Es un texto liberador y en general positivo, pues abre los caminos de la sexualidad, tan ocultos e inasequibles, con naturalidad, sin sofisticaciones, y ello es necesario porque la mujer se sentirá segura y satisfecha. Esa línea divisoria que alguien, irresponsablemente, trazó entre lo bueno y lo moral no puede ser la que marque la conducta a seguir; si el cerebro hay que desarrollarlo, si la salud hay que mantenerla, ¿por qué destrozar la vida sexual? Quien lo dijera, quien lo insinuara no estaba en sus cabales, como no lo están quienes se empeñan en establecer las diferencias entre las decentes y las que no lo son: el honor, afortunadamente, no depende sólo del sexo ni del uso que de él se haga. ■